

R.L.S.

R.L. STEVENSON

# El héroe juvenil en Stevenson

por Emilio Pascual\*

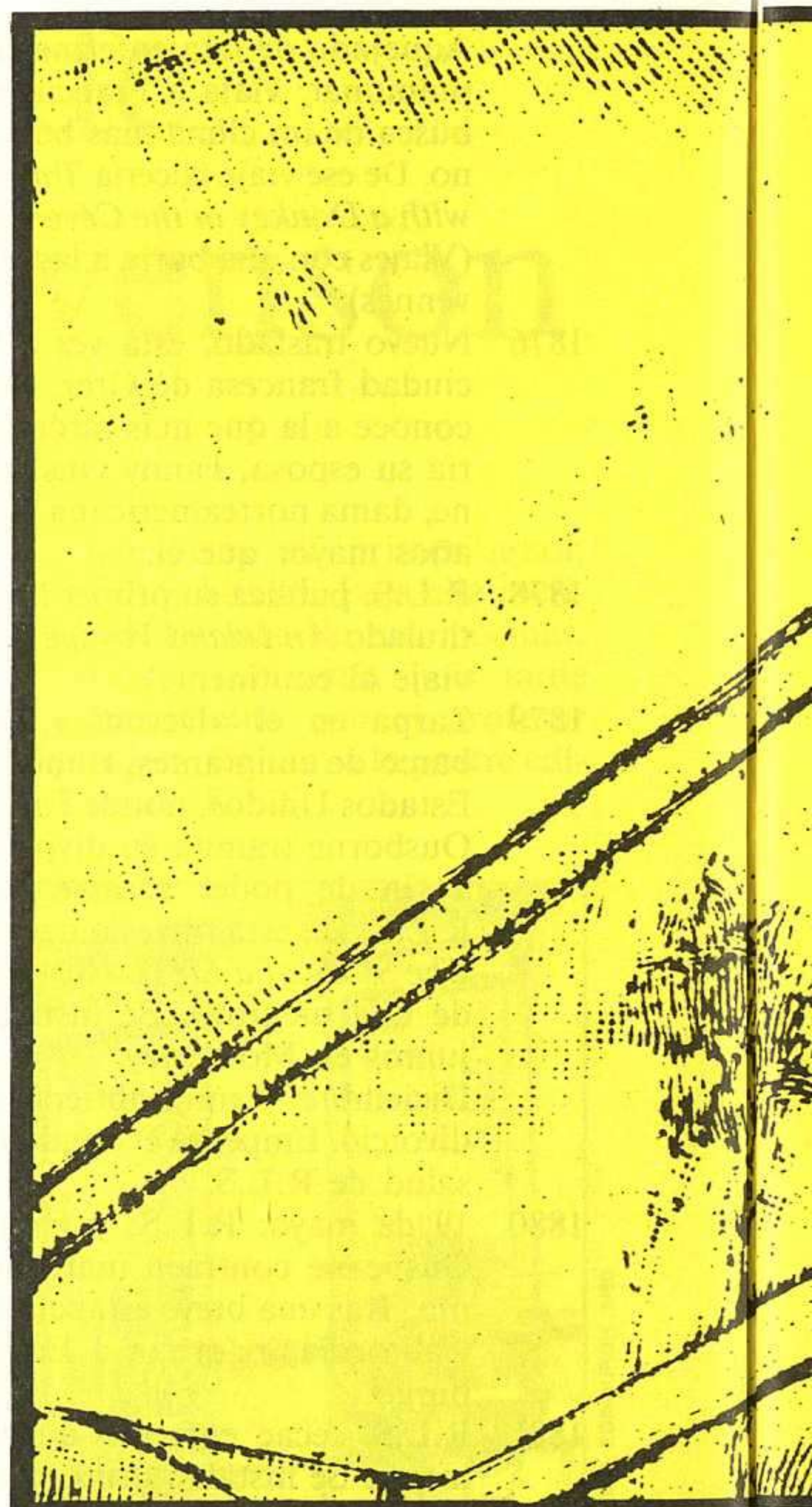
*Entre los distintos héroes que pueblan las novelas de Stevenson brillan con luz propia niños y adolescentes. En todas ellas, si exceptuamos El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, el papel de protagonista recae siempre en un niño, adolescente o joven. El articulista analiza los rasgos característicos de dichos héroes juveniles, entre los que sobresale el hecho de que todos ellos sean huérfanos.*

La fama del nombre de Flint no se ha acrecentado por pertenecer a un superagente paródico, ni siquiera por ser el de un policía, posiblemente de la promoción del inspector Clousseau, tan desorientado como tenaz perseguidor de Henry Wilt. Su celebridad ya estaba fraguada desde que un loro parlanchín chillaba: *Pieces of eight! Pieces of eight!*<sup>1</sup> El loro llevaba el nombre de *Capitán Flint*, en memoria del capitán de bucaneros que había enterrado un fabuloso tesoro en una isla de pocos conocida.

La vida de Stevenson fue tan enfermiza como pintoresca. Parecía un hombre destinado a habitar en los estrechos límites del lecho, pero no dejó de viajar. Recorrió las Cévennes en burra y no desdeñó cruzar las ásperas llanuras californianas: unos cuantos libros de viajes lo atestiguan.<sup>2</sup> Y así, mientras Verne hacía viajar a sus lectores por lugares que sólo conocía en el mapa o perdidos entre los surcos de la letra impresa, Stevenson hacía realidad aquel curioso poema infantil («My Bed is a Boat») de *El jardín de los versos de un niño*, que

podría resumirse en el primer verso: «Mi cama es como un barquito».

«Hablando en general, pues —concluye Chesterton—, su biografía estaría formada de viajes hacia aquí y hacia allí, con un burro en las Cévennes, con un *baronet* en los canales franceses; sobre un trineo en Suiza, o en un sillón de ruedas en Bournemouth. Pero todos estaban, de un modo u otro, relacionados con el problema de su salud, tanto como con la excitación de su curiosidad».<sup>3</sup> Viajar. Viajó e hizo viajar a sus héroes. Sus héroes más memorables fueron a la vez ni-





WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1989.

ños y viajeros, como si viaje y desvalimiento fueran condiciones inseparables para llegar, ¿adónde? ¿A la madurez? ¿A una isla lejana? ¿O tal vez a la muerte?

### Niños y adolescentes, protagonistas

Entre los héroes de Stevenson figuran niños o adolescentes, piratas, bribones, asesinos, agonistas —o, si se prefiere, protagonistas secundarios— tan excelentes como los de John Ford, y alguna mujer. Salvo, tal vez, *El ex-*

*traño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, las grandes novelas de Stevenson han tenido un niño/adolescente o un jovencito por protagonista. Además de *La Isla del tesoro*, referencia inevitable, hay que recordar *Secuestrado* (*Las aventuras de David Balfour*) y su continuación, *Catriona*. No veo por qué habría que dejar de mencionar *La flecha negra*, una novela considerada mediocre por los críticos, seguramente con objetividad, es decir, con esa dudosa objetividad con que puede opinarse en materia literaria. De mí sé decir que hace treinta años esta novela

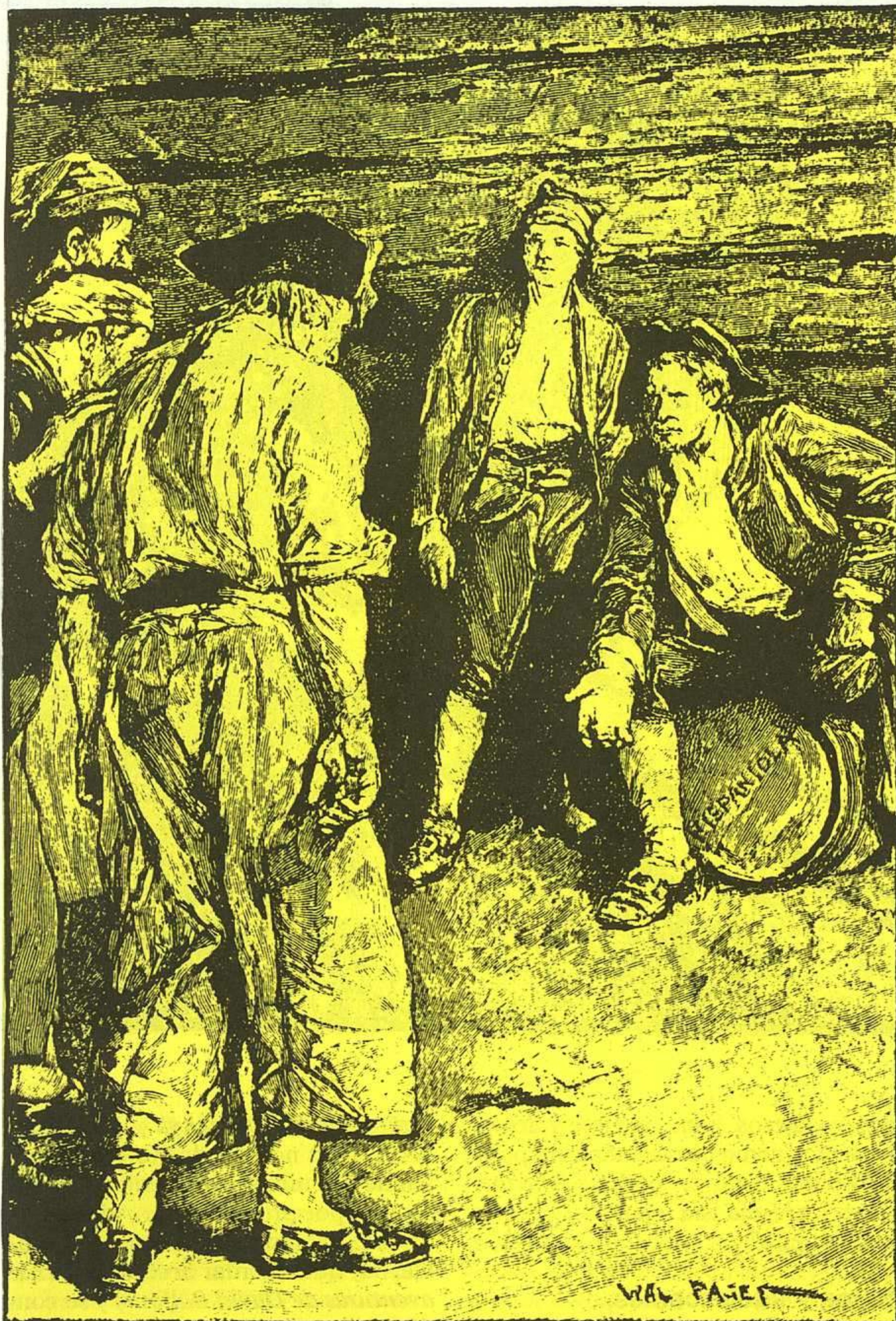
me sometió a todos los tortuosos placeres de la lectura, y que cualquier relectura que me la hiciera naufragar la consideraré lastrada de algún tardío prejuicio, o quizá peor, de una desgracia irreversible: la de quien ha perdido la niñez. Tampoco hay que olvidar las correrías del príncipe Florián de Bohemia, un joven arriscado y justiciero que puede figurar con todos los honores en este catálogo de urgencia. Encontrará el lector sus huellas en los primeros cuentos de *Las nuevas mil y una noches*.

En *La Isla del tesoro*, protagonista

y narrador son la misma persona. Bien es verdad que Jim Hawkins, cuando narra, ya ha dejado de ser un niño y, olvidadas las redondeces e inocencia de la niñez, puede mirar las cosas con cierto distanciamiento, si no escepticismo. Pero Jim Hawkins es respetuoso hasta cuando narra, y ese respeto por el lector le impide olvidar las reglas del juego. De ese modo, intenta contar desde la perspectiva del desconocimiento, aunque no se niegue a adornar un poco el relato con la elegancia que da la sabiduría de la edad. Pero Jim Hawkins intenta reflejar el punto de vista y el estado de ánimo del momento histórico en que se desarrolla la peripecia, y no escatima incertidumbres, miedos, sobresaltos, que, a la vez que hacen creíble la historia, la envuelven en la saludable levitación del *suspense*.

Jim Hawkins era huérfano. David Balfour también. Huérfano era el Richard Shelton de *La flecha negra*, y huérfana, Joanna Sedley, que al principio sólo parecía un muchacho desvalido llamado Jack y luego fue el amor de Dick.

Catriona no era huérfana, pero tenía a su padre en la cárcel, que es otra forma de orfandad. Harry Hartley queda «huérfano y casi en la miseria» ya en las primeras líneas de «El diamante del Rajá» (*Las nuevas mil y una noches*), y cabe albergar agrias sospechas sobre el estado del príncipe Florián, a juzgar por esa estancia disonante en Londres y esos accesos de humor negro que le impulsaban a someterse al azar aventurero de las expediciones nocturnas. Huérfana «desde su más tierna infancia y desgraciada toda su vida» era la Blanca de Malétroit de «La puerta del Señor de Malétroit» (*ibídem*), y huérfano su inesperado marido Denis de Beaulieu, que se atreve a decir con acento bíblico: «La vida no es más que un vapor que se desvanece no bien se ha formado». Huérfanos. *Todos huérfanos* se titulaba una de las piezas que representaba el dispar ma-



WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1989.

trimonio Berthelini de «La guitarra providencial» (*ibídem*).

Sé que la orfandad es un concepto negativo, y que sólo hay huérfanos porque *los otros* tienen padre. (Quizá la *desgracia* no sea también más que

una perturbación, un quebranto del estado de gracia, aunque sería razonable discutir si el estado natural es el de *gracia*, o el de *desgracia*.) La orfandad en Stevenson es un ámbito, una atmósfera en la que el personaje

se ve envuelto de un modo tan condicionador, que es casi la causa de una vida aventurera, en la que a veces las aventuras no son más que la descripción sinuosa de una lucha por la vida, una defensa, entre inocente y desesperada, por sobrevivir en un medio adverso.

Jim Hawkins contempla la apoplejía fulminante de Billy Jones cuando aún está fresca la muerte de su padre. Ese doble silencio, más un equívoco ataque y un mapa misterioso, ponen a Jim al borde de un camino de regreso incierto, pero de consecuencias previsibles: las del crecimiento. La orfandad de David Balfour provoca los recelos de un tío usurpador de herencias, los primeros peligros de muerte todavía confusamente advertidos, y luego el rapto ladinamente preparado: es el principio de las aventuras que curiosamente le devolverán hecho un hombre y en cierto modo un vengador.

El ciclo se cerrará cuando, restaurado en su herencia como un monarca en su trono, acabe el proceso de madurez (o de acomodación) casándose con Catriona, el personaje femenino de la continuación de *Secuestrado*. Dick Shelton comienza su vida de proscrito y rebelde y aventurero cuando, de un modo entre fortuito y preparado, toma conciencia de una orfandad dispuesta menos por la voluntad de Dios que por las estrategias de los hombres, y cuando, como un caballero andante, toma a su cargo la defensa de la orfandad de su dama. La Guerra de las Dos Rosas conducirá la narración por variables vericuetos, hasta que llega el momento de hacer justicia «por la muerte de mi padre y los manejos sobre mi tutoría». La boda con Joanna es una vez más el símbolo del «paso»: siquiera de momento, estarán al abrigo «del polvo y de la sangre de aquella época turbulenta». Sospecho que desde este nuevo *status* sería menos probable embarcarse en nuevas aventuras. Y es que un huérfano es como un célibe:



WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1987.

siempre está desatado, listo para la aventura. Un huérfano, si encima es un adolescente, casi un niño, es el personaje ideal para una novela de formación.<sup>4</sup>

### Héroes juveniles huérfanos

El héroe juvenil de Stevenson es, pues, un ser esencialmente huérfano, esto es, un ser disponible, vacío, pres-

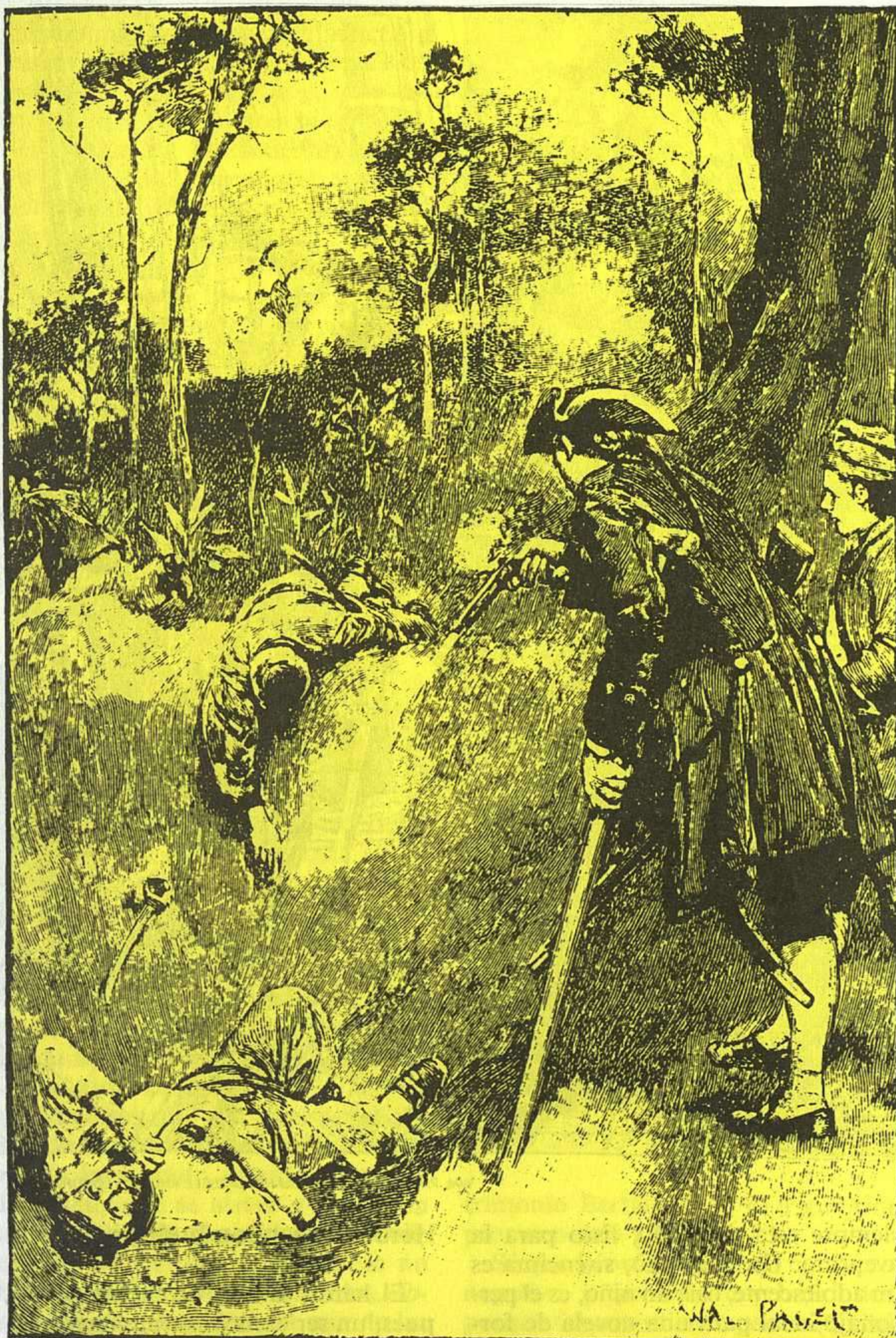
## R.L. STEVENSON

to a ser llenado de cualquier cosa. Esa orfandad, suma de abandono y desamparo, le hace un ser frágil y pasivo... al principio. De pronto, vemos que el huérfano desvalido toma, primero por azar y luego por voluntad,

las riendas del destino. Y así, de improviso, Jim Hawkins ya adelanta en el capítulo 12 que «por una extraña concatenación de circunstancias, sería yo precisamente quien tendría en las manos la salvación de todos». Y,

en efecto, Jim encuentra a Ben Gunn, y dispara contra Israel Hande, y suelta un discurso impensable en las barbas de John Silver y toda su camarilla. David Balfour, que al comprender su verdadera situación ha lanzado «un grito desgarrador» de socorro, se encontrará inesperadamente con «una brazada de pistolas» inmerso en desigual refriega. Al final de la batalla será otro, tan otro, que en un momento determinado no dudará en desafiar al propio Alan Breck. En cuanto a Dick Shelton, su desvalimiento es sobre todo mental: hasta que no tome conciencia, como Hamlet, de que su orfandad procede no de la muerte, sino de un asesinato, su valor no dejará de estar difuminado en la bruma de la obediencia debida a su tutor y señor. Cuando se le abran los ojos, se acabarán los respetos y sabrá estar siempre en primera fila. Héroes-niños. ¡Éstos son *enfants terribles* y no los de Cocteau! Para ponderar la ternura y ferocidad de Stas, otro héroe-niño —esta vez de Sienkiewicz—, Fernando Savater dice que «tiene algo de esos implacables y dulces adolescentes-demonios de Stevenson, como Jim Hawkins, David Balfour o el joven héroe de *La flecha negra*».

Pero los héroes stevensonianos, precisamente por su orfandad, tienen siempre a su lado otro héroe, a veces favorable, en ocasiones antagonista. Quizá por una cuestión de simetría, ocupan el puesto del padre que el huérfano no tuvo. Son ciertamente caracteres no poco enrevesados y no siempre fáciles de encajar. En *Secuestrado* es relativamente sencillo clasificarlos: el tío Ebenezer, avaro, insidioso y mezquino, desaparece enseguida para dejar paso al noble y abnegado Alan Breck. La colocación de ambos entre las ovejas o los cabritos no admite vacilación. Pero en *La isla del tesoro* el asunto no es tan evidente. John Silver es a la vez héroe y criminal; le falta una pierna, pero ante Jim aparece como un esforzado gigante; capaz de la risa más franca y



WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1989.

del más retorcido disimulo, puede ser tan cruel como generoso y traicionar lo mismo que salvar. Su ambigua situación en la novela es tal, que al final hasta Stevenson contraviene las leyes del género y, en vez de hacerlo

morir, lo deja escapar, y ni siquiera con las manos vacías, sino con unos cuantos sacos de oro. Esta oscilación entre la admiración espontánea y el rechazo obligado se refleja en el relato: con una precaución digna de un

consumado maestro, el Jim adulto —que es quien escribe— deja caer medias palabras que permitan vislumbrar la doble personalidad del bucanero. «Era muy alto —dice en el capítulo 8— y daba impresión de gran fortaleza... y, a pesar de su palidez y cierta fealdad, desprendía un extraño aire agradable... Pero tenía demasiadas pieles y era hartamente astuto y taimado para mí: yo hubiera salido fiador de la inocencia de John Silver “el Largo”».» Menos complicada es la posición del proscrito Ellis Duckworth en *La flecha negra*. Aunque es también un «fuera de la ley», cumple su papel, no tanto como punto de referencia o modelo de identificación, cuanto como ángel guardián de Dick: de hecho, cuando la última flecha negra ha derribado a su perenne enemigo, discretamente desaparece con una concisa frase: «Id donde la suerte os llame y no volváis a acordaros de Ellis» (V, 7). Y es que Dick, más domesticado que David Balfour, también estaba a punto de dejar escapar a sir Daniel; sólo que sir Daniel no es John Silver, y Stevenson no se lo permitió. Tampoco habría que olvidar otros héroes tenebrosos, como el juez de la horca de *Weir de Hermiston*, o el propio señor de Ballantrae, espejos oscuros donde uno se mira titubeando entre la admiración y la repulsa.

Hay todavía otro personaje —el Francis Scrymgeour del capítulo III de «El diamante del Rajá»— que, huérfano de madre desde muy niño, sale en busca de un padre cuando descubre que el suyo no es el verdadero. Pero estamos en *Las nuevas mil y una noches*, y el tono es más distendido, de comedia policíaca. Primero cree hallar a su padre en «un peligroso y violento aventurero» —un curioso ex dictador del Paraguay—, y ahora al «viejo y cariñoso» señor Scrymgeour; la realidad es más prosaica aún: es hijo bastardo del hermano del dictador y de una vendedora de pescado, lo que no le impedirá hacer una boda saludable.



WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1989.

## Galería de personajes secundarios

No quisiera terminar sin hacer una breve alusión a esa galería de personajes secundarios que, más o menos oscuramente, acompañan y orquestan la peregrinación aventurera. A bordo de la *Hispaniola* apenas si alguno tiene desperdicio. (Chesterton conjetura que el dictador del Paraguay podría haber llegado allí en la *Hispaniola*.) Como en Conrad, hay una gran variedad de capitanes de barco, fieles o traidores, transparentes o mendaces; y algunos, como los de *Los traficantes de naufragios*, deberían estar aquí. Los narradores pueden ser brillantes y concienzudos, cuando coinciden con el héroe (*Secuestrado*, *La isla del tesoro*), pero también mediocres y desolados como el Mackellar de *El señor de Ballantrae*. En torno al príncipe Florián de Bohemia —una presencia que, según Chesterton, está «hecha de la materia de que están hechos los sueños» (como el halcón maltés)—, bulle un buen número de figurantes, y él mismo es un homenaje a la novela detectivesca de Gaboriau (véase «El diamante del Rajá», II). Personajes humorísticos, algunos inolvidables por argucias específicas,

como los impagables latines del abogado Rankeillor de *Secuestrado*, latines que hereda no con tanta exuberancia el lord Advocate de *Catriona*. Y, en fin, por decirlo con palabras de Tadié, «de esta pequeña comedia de la aventura humana emergen, pues, en un cara a cara turbio y cómplice, los monstruos y los niños, con lo que resta de bondad en el hombre más malvado, y de crueldad en el más inocente» (*ibídem*, p. 126). En esta pequeña comedia aventurera el huérfano viaja, y regresa menos huérfano de lo que fue; más experimentado también, aunque menos inocente. Si todo volver es morir un poco —como partir, que todo es uno—, tampoco el héroe de Stevenson se verá libre de pagar semejante tributo.

Héroe juvenil. Viajar. ¿Viajar adónde? Hay un bellissimo soneto de Borges dedicado curiosamente a Pew, el bucanero ciego que muere atropellado por un caballo en el capítulo 5 de *La isla del tesoro*. El ciego Pew.

«sabía que en remotas playas de oro era suyo un recóndito tesoro, y esto aliviaba su contraria suerte».

Pero (y ahora Borges dirige el último terceto ¿al lector?, ¿al héroe?, ¿al

viajero?, ¿al hombre, tan desvalido como un niño, que viaja en esa machadiana nave que nunca ha de tornar?):

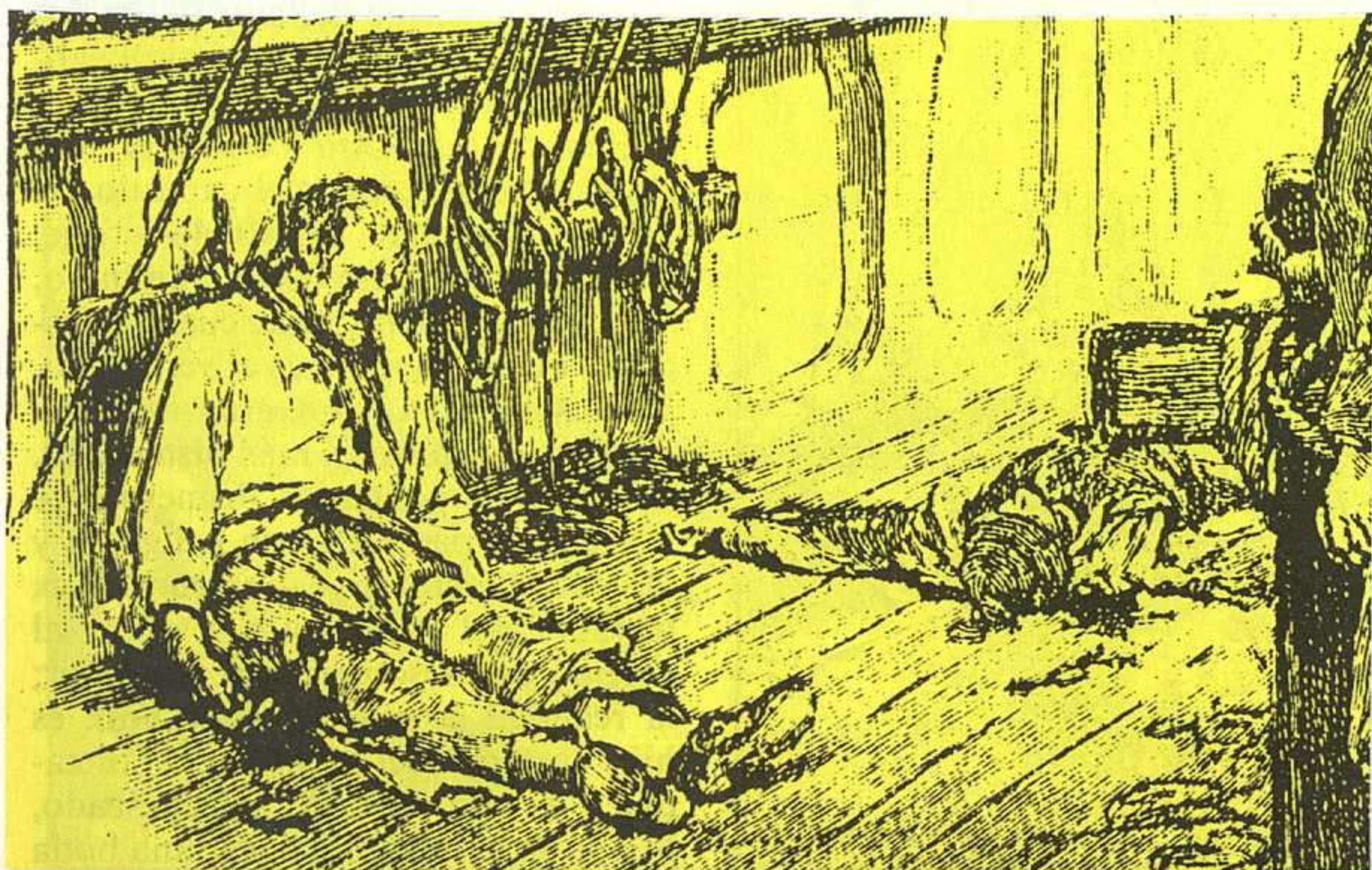
«A ti también, en otras playas de oro, te aguarda incorruptible tu tesoro: la vasta y vaga y necesaria muerte.»

Es privilegio de la novela de aventuras terminar bien. También Stevenson suele otorgar ese privilegio a las suyas. Lo que no le impidió estampar en *El Señor de Ballantrae*, como en una lápida: «Sólo la muerte gana». ■

\* Emilio Pascual es licenciado en Filología y editor.

## Notas

1. No deja de ser curioso que la «pieza de ocho» fuera una moneda de plata española de ocho reales. Al fin y al cabo, el Capitán Flint aprendió a garrir «su abrumador estribillo» (cap. 27) «en Portobello, cuando el rescate de los famosos galeones de plata» (cap. 10).
2. Recuérdese su *Viaje al continente*, *Viajes con una burra a las Cévennes*, *A través de las llanuras*, y otras obras que, sin ser estrictamente libros de viajes, combinan hábilmente viaje y peripecia, como *Historia de una mentira*, o *Los colonos de Silverado: bocetos de las montañas de California*.
3. G.K. Chesterton: *Robert Louis Stevenson*, cap. I.
4. Podría hacerse aún una observación maliciosa —aunque no del todo exacta— desde el punto de vista de la economía novelística: la ausencia de mujeres. Tadié no ha tenido empacho en afirmar: «¿No hay, más allá de esta coincidencia con el público juvenil, otros motivos para la utilización de un protagonista-niño? Un niño evita la presencia, y por tanto la invención, de muchachas; tampoco trabaja: de este modo tiene la doble irresponsabilidad del aventurero, respecto a las mujeres y al resto del mundo, que sólo se transforma por el amor y el trabajo. Jim y David viven como «capitanes de 15 años» esos «dos años de vacaciones», que conocen también los aventureros adolescentes de Jules Verne. Pero, en este último, los adultos representan los valores de la invención, de la industria: bajo la aventura, se descubre al ingeniero» (Jean-Yves Tadié: *Le roman d'aventures*, París: 1982, p. 121). El propio Tadié cita poco después a Henry James: «La mayoría de sus libros no tienen mujeres, y no son precisamente las mujeres a quienes más les gustan. Pero podríamos decir que Stevenson no necesita faldas para inflamarse» (p. 125). Lo cierto es que Stevenson, al menos refiriéndose a *La isla del tesoro*, afirmó taxativamente en una de sus cartas: «Nada de mujeres en la historia».



WAL PAGET, TREASURE ISLAND, CASSELL AND CO., LONDRES, 1989.